



El chip que falta

Miguel Ángel Moreno, periodista

La sociedad actual, tan descreída en apariencia, profesa una fe ciega en algo: el crecimiento perpetuo. Más producción, más ventas, más datos, más beneficios. Ese ciclo virtuoso, en apariencia inagotable, arrastra otro que tiene que ver con la contaminación, el estrés, el desempleo y la deshumanización de las personas, primero devenidas en clientes y después rebajadas a datos, números agrupados de forma masiva que reflejan tendencias de consumo.

Sin embargo, en estos últimos años caracterizados por los cisnes negros —esos sucesos altamente improbables que, sin embargo, suceden— ha ocurrido una cosa que ha contravenido, al menos temporalmente, esa fe en el crecimiento perpetuo: la crisis de los semiconductores o chips.

Estos diminutos dispositivos electrónicos son vitales para la construcción de todos los aparatos tecnológicos que actualmente nos son indispensables, ya que son la base de todas esas características que confieren a cualquier objeto el apellido de inteligente.

La pandemia provocó un parón de su producción, que coincidió con un pico de demanda de tecnología en los domicilios durante los confinamientos. Compras de ordenadores, teléfonos y móviles que la industria no fue capaz de atender. Y no solo las tecnológicas, también las automovilísticas tuvieron que reducir su producción y sus ventas por la escasez de unos dispositivos diminutos, de los cuales más de la mitad en todo el mundo se elaboran en un solo país, Taiwán.

Por esta crisis cuyos efectos continúan aún hoy, algunas empresas automovilísticas han tenido que hacer algo inesperado: retroceder en las prestaciones tecnológicas de sus productos. Dar un paso atrás en ese crecimiento perpetuo. Replantearse qué es lo esencial y qué lo accesorio. Quitar una sofisticada pantalla de un vehículo o retirar funciones inteligentes al ordenador de a bor-

do. Elementos cada vez más valorados por los compradores de coches, pero al mismo tiempo, innecesarios para su función principal: desplazarse.

En el inicio de sus catequesis sobre San José, el pasado mes de noviembre, el Papa Francisco lo definía como "un verdadero maestro de lo esencial". "Nos recuerda que lo realmente valioso no llama nuestra atención, sino que requiere un paciente discernimiento para ser descubierto y valorado", aseguraba el Santo Padre, recordando que Jesús no se crio en Jerusalén, sino en Nazaret. "Y pasó su vida, hasta los 30 años, en esa periferia, trabajando como carpintero, como José. Para Jesús, las periferias y las marginalidades son predilectas", añadía en esa catequesis.

Distinguir lo esencial de lo accesorio puede no estar de moda en un mundo de crecimiento perpetuo

Distinguir lo esencial de lo accesorio puede no estar de moda en un mundo de crecimiento perpetuo. Tampoco ser paciente en un contexto de decisiones fugaces y llamadas de atención constantes. Sin embargo, es cada vez más necesario para no depender de cada novedad que la sociedad del perpetuo cambio nos propone, para no ser esclavos de cada nueva tecnología, de cada moda ineludible.

Entre otras cosas porque si algo hemos aprendido en los últimos años es que hasta las cosas más seguras pueden dejar de serlo por factores minúsculos, del tamaño de un virus o de un microchip. Y en ese caso, tener las prioridades claras, la mirada en lo esencial, es de gran ayuda para mantenerse a flote en el oleaje diario de la sociedad del cambio perpetuo. Solo así se puede encontrar el chip que falta. El del hijo del carpintero.

Por una vida sin fronteras

Antonio Gerardo Fidalgo, CSsR



Asistimos a diario por estas latitudes de Europa, o mejor de Eurasia y podríamos decir también de "Euráfrica", así como en otras partes de todas las Américas, al drama de las "forzadas migraciones humanas", generando esa categoría "molesta" de los llamados "inmigrantes", pero a los cuales, por esa terca manía de las formalidades que enmascaran la realidad, se les des-individua y se les coloca en el perfil de grupos invasores y peligrosos. Por lo que, queriendo o no, se les deshumaniza.

Por ello, no se habla de sus vidas, sus historias, sus rostros concretos, sino del problema de la inmigración "clandestina", del control de fronteras, de la "seguridad nacional" y similares epítetos frutos de instrumentalizaciones geopolíticas y de auto-referencialismos étnicos y socioculturales. Lo que está sucediendo en las fronteras de Bielorrusia y Polonia, así como cotidianamente en el mar Mediterráneo, es cada vez menos excusable, es el más grande sin sentido —sin justificación alguna— de la historia presente.

Es por ello que la propuesta y la llamada del Papa Francisco en Fratelli Tutti (30-10-2020) se vuelve más que nunca urgente y necesaria, requiere ser comunicada y expresada por los mejores medios posibles (cf. FT, nn. 80-86). La teología, la pastoral, las acciones e institu-

ciones eclesiales deberían estar en primera línea en este compromiso. Sabemos que hay mucho al respecto, y se agradece, pero al mismo tiempo la realidad es tan acuciante e insultante, que reclama más todavía.

laciones oportunistas de asociados por intereses de lucro y de mezquinos sistemas socioculturales y geopolíticos. Como dice Francisco: «Este enfoque, en definitiva, reclama la aceptación gozosa de que ningún pueblo, cultura o

Lo que está ocurriendo con las "fronteras" de nuestro mundo no es más que un reflejo de la incapacidad de gestionar nuestro propio ser fronterizos

Lo que está ocurriendo con las "fronteras" de este nuestro mundo no es más que un reflejo de la incapacidad de gestionar nuestro propio ser fronterizos y, lo más dramático, el no saber madurar hacia nuevos y mejores horizontes de realización humana. Otra muestra de ello son los insuficientes, aunque desde cierto punto de vista positivos, pasos dados en la Cop-26 sobre el tema ecosistémico.

La llamada del Papa Francisco es para asumir que se puede proyectar una vida sin fronteras, un sistema de vida sin fronteras. Pero para ello hay que llevar la dignidad a las fronteras y repensar la dignidad desde las fronteras, y no desde los clásicos centrismos deshumanizantes (cf. FT, nn. 20; 35; 37-41; 121-123; 129-153). Se trata de una apuesta por una «amistad social», por una «apertura» fundamental, por una «inclusión» constante y sistémica, trascendiendo las meras re-

persona puede obtener todo de sí. Los otros son constitutivamente necesarios para la construcción de una vida plena. La conciencia del límite o de la parcialidad, lejos de ser una amenaza, se vuelve la clave desde la que soñar y elaborar un proyecto común. Porque el hombre es el ser fronterizo que no tiene ninguna frontera» (FT, n. 150).

Ojalá podamos desde nuestra Academia Alfonsiana, desde los diferentes ámbitos y estamentos, escuchar el apelante llamado del Papa: «Cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros» (FT, n. 284). Necesitamos una Eco-teología-Moral, humana y ecosistémica, integral y liberadora y, sobre todo, audaz, que no solo sea un «bla-bla-bla» discursivo sino un compromiso real y significativo.